



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12178

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º á 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR24

SABADO 14 DE JUNIO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Oumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LAZOS QUE SE ESTRECHAN

Como en Barcelona y en este puerto cuando estuvo la primera vez, ha sido agasajada la tripulación de la fragata argentina «Sarmiento». Su viaje por las costas del Norte de nuestro litoral ha sido una serie no interrumpida de fiestas verificadas en su honor, á las que han respondido los marinos del Plata con demostraciones de algo que no es superficial, sino que sale de lo hondo.

Casi fué ayer cuando llegaron á nuestro puerto, y parece que los hemos tratado toda la vida. Aún halaga nuestros oídos la frase grata del comandante Belver al contestar á la bienvenida del alcalde en el banquete del teatro; y ha hechado en nuestro corazón aquel suceso raices tan hondas y se ha agarrado tanto á nuestra memoria el recuerdo de aquella escena, que cada vez que el telégrafo da la noticia de la llegada de aquel buque á un puerto de España, surge en nuestro cerebro el espectáculo de la recepción que se le hace y de los agasajos que se le preparan. Una y otros no pueden estar en desacuerdo con lo que hicieron Barcelona y Madrid y posteriormente Cartagena.

Y cuando en tiempo oportuno nos relata la prensa el modo como fué recibido y la oleada de entusiasmo que acompañó á las fiestas, sentimos para oleaja de agradecimiento desbordarse del corazón.

¿Que es raro ese fenómeno?

No; es natural, naturalísimo.

Esa república argentina que ha escrito en las plazas principales de todos sus pueblos el nombre de España, es la única nación que

materalizó sus simpatías cuando las otras asistían friamente á la consumación de nuestro sacrificio. Recordando que fué un tiempo girón de aquella que parecía derrumbarse al golpe de la ambición desenfrenada, encontró el modo de enviar un recuerdo á la que fué su madre. Y aquella acción que despertó en los pechos españoles gratitud inmensa, se ha tornado después corriente impetuosa de cariño que ha de tener de duradera todo lo que tiene de grande.

Esa fragata, cuyo nombre es un apellido español, es como nuestra La gente que la gobierna y la dirige como nuestra la consideramos. Por eso cuando al locar en un punto de la costa se la recibe bien y se la vitorea, sentimos la alegría que sentíamos cuando nuestra «Numancia» daba la vuelta al mundo.

Dentro de su casco van almas gemelas de las nuestras. El acento viril del habla castellana vibra en las conversaciones de sus tripulantes. Perdura en ellas el alma mater, el alma de esta tierra, con sus pasiones hondas, sus sentimientos arrebataadores, sus entusiasmos generosos; entusiasmos que se tradujeron en tiempos de peligro en un regalo régio y que hoy, á través de la distancia y en presencia de las manifestaciones efusivas de nuestro cariño, llega á nosotros, en alas del deseo, salvando la inmensidad del mar, gritando:

—Venid aquí, que yo tengo también para vosotros sentimientos de gratitud y cariño. Mandad un buque y llevéos al regreso las protestas de estos hijos de España que, si se emanciparon, no renegaron nunca de su madre.

El buque escuela de guardias marinas españoles se encuentre

navegando. Magnífica ocasión para enviarlo á Buenos Aires.

Cuando tanto se gasta en provocar cariños diplomáticos, bien vale el apretar los lazos del cariño verdadero lo que cuesta el viaje del buque en que hacen su aprendizaje los guardias marinas: la «Nautilus».

TIJERETAZOS

De «La Publicidad» de Barcelona.

«El cadáver de mosén Jacinto Verdagner tendrá los honores de todo un pueblo. Todas las aflagazas y los planes urdidos para que el entierro pasara desapercibido, se han estrellado ante la opinión pública y la voz de alerta dada por nosotros.»

Perseguido, ¿por quién!

El Rey lo condecoró con la cruz que lleva el nombre de su padre.

El gobierno ha presidido el duelo.

El Ayuntamiento de Barcelona le ha honrado y ha pagado el entierro adomás.

La prensa le ha rendido el tributo que se le rinde al genio.

Perseguido, ¿por quién!

Se adivina algo negro en lo que dice «Lo Publicidad.»

Pero sea lo que sea, queda condenado con esta manifestación del sentimiento público á que concurren el Rey, los ministros, el ayuntamiento, la prensa y la opinión.

Por que ha dicho «La Epoca» que con los diputados radicales del extranjero que piensan hacer un viaje de propaganda debe hacerse lo que hicieron en Bélgica con los que de España fueron allí á lo mismo, dice un colega que si no es con justificadísimo motivo no lo consentirían los gobiernos de las naciones respectivas.

Cualquiera creará que quien dice eso se alegraría de que sucediera.

Pero señor ¿dónde ha ido á ocultarse el patriotismo?

Dice un periódico:

«Ha 35 años, á pesar de lo corrupto de nuestra administración, la isla de Cuba era

un emporio de riqueza; la abundancia reinaba en todas partes; las fortunas logradas merced al trabajo y la laboriosidad se disfrutaban tranquilamente, y apesar también del supuesto despotismo español, Cuba era el pueblo más libre del mundo en costumbres políticas y sociales.»

Ahora ocurre todo lo contrario y en la misma Habana pululan los mendigos como en el pueblo más miserable de Castilla.

Y es lo que dice el colega cuyo es el párrafo que dejamos transcrito.

«En verdad que parece que existen en el orden moral de los pueblos, como en las relaciones entre los individuos, leyes de expiación que se cumplen ineludiblemente.»

Es verdad. Cuba está expiando el mal que ha hecho á quien le hizo bien.

En Madrid ha sido detenido un hombre por haber escrito en un papel los números de una pareja de vililancia.

Delgado se hila. En cambio se roba á manos llenas y no se encuentra los ladrones.

PREMIOS A LA VIRTUD Y AL TALENTO

La Real Academia de la Historia anuncia que conferirá los siguientes premios:

En 1903, uno de 1.000 pesetas á la Virtud, que será adjudicado á la persona que haya ejecutado actos más heroicos y virtuosos y otro de 1.000 pesetas al Talento, al autor de una monografía relativa á la historia de una localidad ó comarca de la nación española que se haya impreso por primera vez en cualquiera de los cuatro años transcurridos desde primero de Enero de 1899.

Estos dos premios pertenecen á la institución de D. Fermín Caballero.

Contiene también un premio de mil pesetas, ofrecido también por el señor marqués de Aledo, en 1903, al autor de la mejor «Historia de Murcia musulmana».

Para 1904 adjudicará otro, ofrecido, como el anterior, por el marqués de Aledo, al autor de una «Historia civil, política, ad-

ministrativa, legislativa, judicial y militar de la ciudad de Murcia y sus alrededores.—la vea, ó poco más, á reserva de algún caso excepcional—desde la reconquista de la misma por D. Jaime I de Aragón hasta la mayoría de edad de D. Alfonso XIII.»

Las solicitudes y las obras serán presentadas en la secretaría de la Academia, antes de las cinco de la tarde del día 31 de Diciembre de 1902 á 1903, en que concluirán los plazos de admisión.

EL MAYOR CATACLISMO GEOLÓGICO

La espantosa hecatombe de la Martinica ha causado en todo el mundo una impresión de horror.

Se ha dicho y se ha publicado en tetras de molde que era la mayor entre todas las catástrofes ocurridas; pero hé ahí que según el célebre astrónomo Camilo Flammarion afirma en «La Revista» (antigua «Revista de Revista»), la explosión del volcán de la Martinica ha sido menos violenta y no ha abarcado tanta extensión como la del de Krakaton, de la cual fué teatro el estrecho de la Sonda, entre las islas de Java y de Sumatra en 28 de Agosto de 1883.

«Allí—dice Flammarion—fue la terrible explosión del volcán la que saltó bajo la presión formidable del vapor encerrado dentro del cráter.»

La explosión que lanzó por los aires la cascada de la montaña de Krakaton fué de una violencia tal que estumovió todo el globo, «dividiéndolo» hasta «destruirla» la convección atmosférica producida por la fuerza radical ascendente hizo oscilar los barómetros del mundo entero, incluso los del Observatorio de París, dando tres veces la vuelta al orbe.

El volcán arrojó 18 millones de metros cúbicos de lava y 36 trillones de cenizas volcánicas, una gran cantidad de las cuales han alcanzado una altura de 20.000 metros cúbicos y superiores á los que durante dos años han producido las magníficas y extrañas iluminaciones crepusculares que muchos de los lectores recordarán seguramente.

Probad los Cognacs de HENRI GARNIER y C.

87

HANIA

ne que traer á la memoria al viejo Nicolás ni á su muerte, la habría prodigado afectuosos consuelos; mas esto la habría hecho derramar de nuevo un torrente de lágrimas, después de haber llorado ya poco antes. Al fin, no sabiendo que hacer, me senté con ella en un sofá situado en un ángulo de la habitación, atraje hacia mí su cabecita, y me puse á acariciar sus cabellos que eran brillantes como el oro.

Ella se acercaba á mí como padiera haberlo hecho con un hermano, y probablemente el dulcísimo sentimiento que aquello despertaba en su corazón de su confianza anterior, hizo correr nuevas lágrimas por sus mejillas. Lloraba amargamente y yo trataba de consolarla como mejor sabía.

—No vuelvas á ponerte á llorar, Hanía mía,—decíala yo;—mejor es que pienses que ahora tu abuelo está en el Paraíso y que por mi parte haré cuanto pueda ..

Nada más la pude decir, porque á duras penas lograba yo mismo contener las lágrimas.

—Puedo ir á ver al abuelo, señorito.

Yo que sabía que había traído ya el ataúd y que el cadáver de Nicolás había sido colocado ya en él, quise saber antes por mí mismo si estaba terminado todo antes de conducir allí á Hanía. Al examinarla á la cámara mortuoria encontré á la señora Ives y la ro-

36 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

ce más bien un rincón tranquilo y solitario que los pesames más vivos y las mejores pruebas de simpatía y de amistad.

¡Pobre Hanía! cuánto debo haberla hecho sufrir con mi manía de hacer valer mis derechos de protector. Durante la comida permaneció callada, y sólo respondía con monosílabos cuando yo la preguntaba que era lo que deseaba comer ó beber.

—Nada, excelencia, muchas gracias.

Aquel «excelencia» y aquel «muchas gracias», me hicieron daño, y me lo hicieron tanto más, cuanto que solía tratarme con mucha confianza y no me daba otro título que el de «señorito». Era evidente que el aire que yo había tomado desde la muerte de su abuelo, y el radical cambio de circunstancias le habían puesto más tímida y humilde de lo que era habitualmente. Inmediatamente después del desayuno, la conduje al parque y le dije:

—Hanía; haz de saber que de hoy en adelante ya no eres otra cosa que mi hermana muy querida; de consiguiente, no me vengas más con excelencias tratándose de mí. ¿Has entendido?

—Está bien, exoe... señorito.

Mi situación con respecto á aquella niña, era bastante singular en aquel momento; paseábase con ella de uno á otro lado de la estancia sin saber de que tenía que hablar. Si hubiera sido posible hacerlo sin ta-

33

HANIA

quando nuestro patrimonio no fuera alodial. (1) Como yo era el primogénito, llegaría un día en que la mayor parte del patrimonio me correspondiera á mí, y por eso, aun cuando todavía no era más que un alumno de gimnasio, lo consideraba ya como de mi propiedad. Mi padre era uno de los señores más ricos del país, y á pesar de que nuestra familia no se podía vanagloriar de tener una fortuna de príncipes como muchas otras familias, aun poseía, ese desahogo de la nobleza antihus, que no solamente aseguraba el pan cotidiano, sino además una vida cómoda y sin cuidados bajo el techo paterno.

Sabía, pues, que llegaría á ser rico, y por consiguiente miraba sin inquietud al porvenir. Hanía, y de todas maneras sabía que, fuera cual fuese el giro que tomara su vida ella encontraría siempre sostén y ayuda en mi casa.

Con estos pensamientos me dormí. A la mañana siguiente empecé á ejercer mi cargo de protector, pero de una manera solamente ridícula y pueril. Y sin embargo, siempre que después de tantos años, me acude á la memoria, no puedo dejar de recordarlo con cierta emoción. Cuando fui á desayunarme en

(1) Alodial, que equivale á fidal, es la posesión territorial libre en oposición al feudo.